

Notas en torno a la pobreza

Quidam

I.

Entre la problemática del cristianismo, sobre todo si se plantea en el orden práctico, quizá ningún tema resulte tan difícil como el de la pobreza: quizá ninguno aparezca más divergentemente entendido y tengo experimentado reiteradamente que ninguno puede presentarse en una reunión de cristianos «caracterizados» que produzca más discusión y más violencia. Yo diría que si toda palabra de Dios es ciertamente «como espada que llega hasta lo profundo del alma y divide», que la de Jesús, cuando proclamó bienaventurados a los pobres, tiene un muy especial afilamiento.

Quizá por todo esto sea también uno de los temas más frecuentemente eludidos, dejados de lado o en último término, tratados con tan esmerada «prudencia», que queda esterilizado.

Y sin embargo el tema no es secundario en ninguno de los múltiples aspectos en que necesita elucidarse, ni mucho menos, un tema teórico o puramente especulativo, porque la pobreza es esencialmente una exigencia ineludible de la vida cristiana y, desde luego, una condición absolutamente precisa tanto de la perfección como del apostolado.

«Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres... y ven y sígueme.» (Mt. 19, 21). El seguimiento de Jesús resulta

claramente condicionado a un desprendimiento empobrecedor que debe abarcar «todo cuanto tienes» y el primer jalón de la escala hacia el cielo, instituido en las bienaventuranzas, estriba en la pobreza; pobreza que con un rigorismo y concreción insoslayable exige el mismo Jesús a los que envía delante de sí a predicar el Reino de Dios: «No llevéis oro, ni plata, ni cobre en vuestro cinto, ni alforjas para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón...» (Mt. 10, 9-10).

Precisamente en este carácter práctico, dirigido a la realización en nuestra vida, es en lo que radica la violencia del tema, porque una verdad teórica es fácil de aceptar; ella parece que no nos exige más allá de un «creo», que en principio no nos compromete a nada. Pero una virtud, y una virtud que como la pobreza se refiere a los intereses y a los bienes, para arrancárnoslos de nuestra afeción, es algo que nos pone en tensión porque seguidamente vemos claro que nos compromete a una decisión. Como en el «caso del joven rico», a la renuncia de «todo cuanto tenemos» o a la renuncia, en definitiva peor, de la perfección en el seguimiento del Maestro. Verdaderamente se comprende que se marchara triste el joven, como en esta imagen se hace comprensible la triste caracterización de muchos cristianos píos, anclados en esta encrucijada radical.

Por esto alguien ha dicho que el tema es el secreto de la santidad, y la Doctora de Ávila nos muestra la retención de muchas almas en la tercera morada, incapaces de seguir adelante, por no serlo de desprenderse de las afecciones e inquietudes materiales y de las cosas.

Y por esto también ahora, amigo lector, el tema te ha atrapado a ti.

Es posible que el problema no te diga nada, que te deje hoy indiferente, pero «si tienes oídos para oír» un día u otro «escucharás» la palabra de Jesús: «Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncie a todos sus bienes no puede ser mi discípulo» (Luc. 14, 33) y entonces, quizá ahora, comprenderás que la pobreza es una exigencia del Reino ante la cual no se puede conservar tranquila la conciencia.

Ella es un trance de elección. El paso del Mar Rojo por el que resuelta y definitivamente se deja la seguridad en la servidumbre de Egipto, para adentrarse en el desierto de lo desconocido, de la aventura en la carestía hacia —esto es lo estupendo— el encuentro y la alianza con Dios.

Ella es un trance de decisión: «nadie puede servir a dos señores... No podéis servir a Dios y a las riquezas». Decisión estremecedora porque con ella tomamos señor y en la pobreza nos ponemos en pos de Aquel que para sí no tuvo ni una cueva como las raposas, ni un nido como los pájaros, ni siquiera una piedra donde reclinar la cabeza, y

tiene dicho, y sin lugar a dudas, que no puede ser el discípulo de mejor condición que el Maestro.

II.

Pero comprender todo esto, entender la pobreza y desposarse con ella es un don que verdaderamente pocas personas religiosas saborean.

Ante la pobreza hay muchas formas de evadirse.

Una, seguramente la más honrada, es la del joven rico del Evangelio: Marcharse triste.

Pero los hombres solemos practicar otras, mucho menos nobles, contra las que nos previno el Maestro. En los finales del sermón de la Montaña en que se contiene la carta magna de la pobreza, y todo él es la proclama del Reino de Dios, nos dejó advertido: «Guardaos de los falsos profetas: que vienen a vosotros con vestiduras de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por los frutos los conoceréis. (Mt. 7, 15 y 16.) Porque, efectivamente, todo el sermón y muy particularmente los términos sobre la pobreza que reclama, constituyen unas exigencias de tal incompatibilidad con el hombre carnal, que éste siempre estará tratando de desvirtuarlos con interpretaciones «benignas».

Cuántas interpretaciones para eludir lo que ciertamente está declarado y es evidente: «que es estrecha la puerta y angosta la senda que lleva a la vida, y cuán pocos los que dan con ella» mientras que «es ancha la puerta y espaciosa la senda que lleva a la perdición».

Por ejemplo, la del «ojo de la aguja» por el que tan difícilmente pasará un camello, entendido como una puerta de las murallas de Jerusalén para, con enfermiza piedad, anestesiar la conciencia ante la verdad escueta de la peligrosa situación en que se encuentran los ricos con relación al reino de Dios, cuando la realidad, ciertamente

trágica, que una auténtica caridad no puede oscurecer, es, para los ricos, la que entendieron sin lugar a dudas los oyentes directos de Jesús y que manifiestan vigorosamente en su pregunta: «entonces, ¿quién se salvará?» y que Él mismo no palió ni un ápice en su respuesta: «Lo que es imposible a los hombres es posible a Dios». (Lc. 18, 24-27.)

Pero quizá en la esfera de la práctica ninguna explicación resulta tan peligrosa como la distinción entre pobreza de espíritu y pobreza material.¹ Y es que, a título de la posibilidad de una pobreza puramente espiritual, con frecuencia creo que se vive, incluso muchas veces de buena fe, un maridaje equívoco de contradicciones entre principios y realidades.

Quien pretenda satisfacer las exigencias del Reino de Dios en orden a la pobreza, en la esfera puramente espiritual, conviene que ante todo tome buena nota y grabe indeleblemente en su conciencia que «cuán difícilmente se salvan los ricos y que en consecuencia continuamente ande prevenido y cauteloso de su situación peligrosa, muy peligrosa, con medidas que no pueden quedar en un puro espiritualismo, sino que tienen que cumplirse en la realidad «siendo generosos y dadivosos» (II Tm. 6, 19), «haceos bolsas que no se gasten, un tesoro inagotable en los cielos» y tened cuidado, porque si os equivocáis, he aquí lo que os dice la Escritura: «Y vosotros los ricos llorad a gritos sobre las miserias que os amenazan. Vuestra riqueza está podrida; vuestros vestidos consumidos por la polilla, vuestro oro y vuestra plata comidos de orín y el orín será testigo contra vosotros y roerá vuestras carnes como fuego.» (St. 5, 1-3.)

Nuevamente es forzado reconocer la dura situación de los ricos, condoliéndose con Jesús, ¡ay de vosotros los ricos! Pero con compasión eficaz, que nunca será silenciarles o enmascararles su realidad, sino predicarles «a tiempo y a

destiempo» en orden a su salvación.

Mas ¿cómo pueden salvarse los ricos? Según Jesús, *entregándose a Él en sus hermanos menores*, es decir, que así como los pobres no entran en las casas de los señores del mundo, si no es como criados de ellos, creo que los ricos sólo haciéndose servidores, criados de los pobres, serán como éstos los que entrarán en los cielos, porque verdaderamente los pobres son los señores del reino de Dios. Bossuet diría a los ricos de su tiempo: Si quieres salvarte, búscate un pobre a quien servir. ¡En su séquito entrarás en el Cielo!

III.

Todo esto no podrá comprenderse nunca desde el plano carnal. Desde él, o más o menos empapados todavía de él, se acumularán objeciones y dificultades y una lógica inexorable ahogará las primeras tenues sugerencias del Espíritu Santo.

Para tomar verdaderamente el camino de la pobreza evangélica es indispensable haber sufrido ya una cierta transformación de la mente que nos adentre en la Fe, de la que la pobreza deviene una prueba real porque reclama abandono a la providencia y una renuncia a la sabiduría carnal del mundo que sólo puede sostener e impulsar la Fe misma.

Quizá suceda como en la oscuridad de la noche. Si intentamos rasgarla desde dentro de una habitación radiante de luz, la noche oscura se nos hace impenetrable allá fuera, a lo sumo, ella nos devolverá en el reflejo de los cristales el espejismo de nuestra imagen y nuestro ambiente. Pero si salimos de la habitación y tenemos el valor de adentrarnos a oscuras en la noche, poco a poco iremos adquiriendo una especial aptitud para ver en ella. Para ver en la oscuridad hace

falta como un cierto hábito de la oscuridad.

Algo así me parece que ocurre con la pobreza de Cristo, que sólo empieza a rasgar su misterio para quienes saliéndose del brillante artificio de las riquezas del mundo, van conformándose al hábito de la pobreza misma.

Pero no basta. Existe otro riesgo que puede incapacitarnos para comprender la pobreza. Es que la pobreza evangélica no es simplemente un hecho social, económico, ni siquiera humano, sino mucho más y algo que rebasa todo esto: es, muy por encima de todo, un hecho religioso y por ello algo que sólo podremos comprender en una actitud religiosa en el Espíritu que «tomará de lo mío y os lo dará a conocer».

Y es que esta pobreza no es otra que la pobreza misma de Jesús. No es la pobreza económica, ni la social, ni ninguna otra pobreza del hombre, sino aquella pobreza que los hombres discutiremos intelectualmente, matizando palabras y enfrentando textos de Mateo o de Lucas, pero que siempre los sencillos y los simples aprenden con un gesto de niños: ¡con mirar al Maestro!

Él, Cristo, es la clave de la pobreza. Él es el «misterio» y el «signo». Es en Él y con Él donde se comprende el por qué y el cómo de la pobreza: sencillamente porque Él fue pobre nos basta para querer

serlo nosotros y para querer serlo, precisamente y no de otro modo, que como fue pobre Él.

Es así, en Cristo, donde entendemos a Mateo y a Lucas, contemplando la infinita riqueza del Verbo «quien, existiendo en la forma de Dios, no reputó codiciable tesoro mantenerse igual a Dios, antes se anonadó tomando la forma de siervo», encarnándose para manifestarse, desprendido de todo, en la pobreza efectiva y vivida que empieza en Belén y termina en el Gólgota, donde ya no tiene ni un guiñapo con que cubrir su desnudez, tras de haber caminado entre los hombres sin una cueva, sin un nido, sin una piedra donde reclinar la cabeza, exilado en Egipto, obrero en Nazaret, evangelizador caminante, dependiente de la caridad de sus amigos, que sin duda alguna pasó hambre, como aquel sábado que sus discípulos espigaban los campos para comer. Jesús hambreado por los caminos de la tierra y si uno de los suyos, Judas, tenía una bolsa, parece que era para socorrer a los pobres y en todo caso, solía estar tan exhausta que una tarde Jesús hubo de hacer un milagro para pagar por sí y por Pedro un impuesto...

...¡Y Él era el Señor! He aquí la lección de Cristo de la pobreza de espíritu de la pobreza efectiva, es decir, sencilla y simplemente de la pobreza evangélica que Él, el Maestro, practicó y enseñó, que el

mundo no puede entender y sigue rechazando en la incompreensión de sus discípulos, de los que emprenden la estupenda aventura de irse tras de Jesús para pasar entre los hombres, a través de los tiempos, testigos vivientes de que la locura de la Cruz es salvación para los que creen.

IV.

Estas notas han girado en torno a la pobreza; pero la «pobreza» misma la he aludido como tema de reflexión por una razón muy sencilla: yo no soy un teólogo, ni un teórico en ninguna otra esfera; por esto creo que no debo hablar sino en los límites de mi experiencia. No soy más que un padre de familia, de familia numerosa, que, en efecto, ha vivido esta llamada a la pobreza, que ha padecido todas las contradicciones de mi propio yo y del mundo circundante, que ha luchado primero en la resistencia, después, cuando ya no pude resistir la gracia y la acción de Dios, con las dificultades de un camino por el que ahora ando y del que en realidad todavía no puedo decir sino que sufro y espero en paz.

Nota

1. Nótese que me refiero a la aplicación práctica, de hecho, de esta distinción, sin que aquí exprese actitud alguna en relación con su aspecto puramente doctrinal.